

OPINIONES ACTUALES DEL CLERO FRANCÉS.

Monseñor Fornari, arzobispo de Nicea y nuncio apostólico ha celebrado de pontifical en *san Nicolas-des-Champs* y ha presidido la Junta de caridad, que ha tenido la obra de la conferencia de san Vicente de Paul, fundada en esta parroquia. Su Excelencia con una exquisita finura habia querido hacer su primera visita solemne á la parroquia del *decano* de los curas párrocos de Paris. El respetable señor abate *Frasey* le ha dirigido una expresiva alocucion, en la cual se ha hecho, podemos asegurarlo, el intérprete de todos los católicos de nuestro país.

«Católico desde el fondo de las entrañas, segun expresion de nuestro Bossuet ha dicho á monseñor el nuncio, la Francia levantó siempre sus ojos llenos de amor y de confianza hácia esta *silla augusta* puesta á la vista de los pueblos, como la casa de refugio y el puerto de salvacion; hácia esta *cátedra inmoble*, desde la cual preside y enseña Jesucristo, en la persona de su primer Apóstol, vivo siempre en la de sus eternos sucesores: *Cátedra sagrada y sin igual, cátedra de unidad* en la cual ha colocado Dios la doctrina de la verdad, única que puede salvarnos.

«Digno órgano del *Soberano Pontífice, del Pastor de los pastores, y nuestro Padre comun*, dignese V. E. elevar hasta los piés de Su Santidad el sincero homenaje de nuestra plena y entera adhesion, de nuestra union inviolable, de nuestro completo rendimiento.»

(*Diario de las ciudades y aldeas*, n.º del 4 de febrero de 1844).

CAPÍTULO II.

De la independencia temporal del Papa, obispo de Roma.

A mas de la supremacia espiritual, querido Teófilo, tiene el Papa un poder temporal, el cual se limita á los Estados sujetos á su dominio, y esto es lo que constituye la independencia temporal del Pontífice de Roma, jefe de la Iglesia universal.

§ I. *Origen de esta independencia.*

El mundo era ya cristiano, habia sido vencido por la fuerza del martirio y por la gracia de Dios. Ocupa ya el trono de los Césares un príncipe que considera el cristianismo, no como *la religion de la mayoría*, sino como dimanada de Dios para salud de los hombres.

Lo reconoce, pues, bien que demasiado tarde para que no puedan atribuirse los triunfos. Todavía hace mas; por una de estas resoluciones inexplicables, segun el mundo, transporta su trono al extremo de

Europa, á las orillas del Ponto Euxino, á fin de dejar á la majestad pontifical esta antigua Roma con toda su ilustracion y su poder natural.

¡Cosa admirable! desde entonces nunca príncipe alguno ha sentado su gobierno en Roma, y cuando Teodosio dividió entre sus dos hijos los imperios de Oriente y de Occidente, no fue Roma, sino Milan, la capital del imperio de Occidente. Aun cuando intentan los Hérulos y los Ostrogodos establecer un nuevo reino de Italia, escogen por capital á *Ravena*; aun cuando los Lombardos se apoderan diferentes veces de Roma, no sientan allí su imperio, sino en *Pavía*; y de allí en adelante nunca podrán los emperadores pasar por Roma sino como viajeros, ó como hijos.

Por el mero hecho de haber ido los emperadores, gozaban los Papas en Roma de una soberanía moral, siendo inmensa su influencia sobre el espíritu y el corazón de los pueblos. Este periodo del poder de los Papas duró por espacio de cuatro siglos. Durante todo este tiempo eran como los defensores del Occidente contra los

bárbaros. Roma, asaltada nueve veces, otras tantas fue sacada por los Papas de sus ruinas, sin contar el número de veces que destruyeron á los bárbaros al pié mismo de las murallas. Así es que esta soberanía moral crecía con la autoridad que dan los beneficios.

Tal fue, hijo mio, el estado de la Santa Sede hasta el tiempo de Leon el Isáurico. En esta época el Occidente, que Justiniano y sus generales habian logrado arrancar breves momentos de manos de los bárbaros, habia vuelto á caer en ellas. Los emperadores no podian ya sostenerse mas: hasta hubo algunos que cuando se imploraba su socorro contestaban sonriéndose: *Que bastaba el Papa para defender la Italia*: á mas de que estos emperadores llenos de todas las sutilezas griegas, siempre al frente de las herejías, tenian oprimida la Iglesia, y hasta uno de ellos envió ejércitos al Occidente para arrebatat imágenes. ¡Insensatos! mostraban gran valor contra las imágenes colgadas de las paredes, y que no pueden moverse, y no se atrevian á hacer frente á los bárbaros que tenian á

sus mismas puertas, amenazando invadirlo todo!....

Estaba causado el Occidente de tener que depender de esta ciudad bastarda; de esa Constantinopla, de la cual nunca ha salido mas que herejía, traicion y cobardía, hasta que la perdió esta misma cobardía, y Dios la entregó en manos de aquellos á quienes habia encargado su castigo. Los romanos, pues, se dirigian al Papa viéndose abandonados por el emperador; y deseaban que resucitase de entre sus ruinas la república romana. Y en efecto, después de haber Gregorio II avisado diferentes veces á los emperadores con cartas sumamente urgentes, hiciéronse independientes el senado y el pueblo, y desde entonces empezó para la independencia temporal de los obispos de Roma una segunda época no aun de soberanía, pero de señorío.

Sin embargo, no dejaba este señorío de llevar consigo tantos honores y ocupaciones que, segun se expresan los Papas de aquellos tiempos, *de verdad no sabemos si somos príncipes temporales mas bien que sucesores de san Pedro*. Pero esta pequeña re-

pública no era mas que un sueño, uno de estos sueños dorados que pasan por el espíritu de los pueblos; á mas de que eran los romanos demasiado débiles para reconquistar su imperio.

En aquel entonces sucedió por primera vez en las Galias un hecho que presagiaba lo que seria algun dia el reino de los francos. Permitió Dios (cosa que desde entonces no se ha visto mas), que se sucediesen tres generaciones de grandes hombres: *Carlos Martel, Pepino y Carlo Magno*. Carlos Martel, que destruyó á los sarracenos en las llanuras de Tours; Pepino el Breve, al cual vino á encontrar en Paris el Papa Esteban III, el que pasó los Alpes, y venció los bárbaros; y Carlo Magno, que dió al Soberano Pontífice estados independientes, mucho mas grandes que los que posee actualmente, pues comprendian el veneciano, la Istria y el ducado de Parma.

Ahí tienes, pues, hijo mio, la independencia de la Santa Sede, llegada en el espacio de ocho siglos, y por la fuerza misma de las cosas, á un estado de soberanía respetable. Sin embargo, Carlo Magno y sus

sucesores conservaban todavía sobre aquellos estados una cierta autoridad, siendo los jueces supremos, á los cuales se recurria en las grandes cuestiones judiciales.

§ II. *Imperio del feudalismo.*

Desde el sexto siglo al nono, habiase establecido en el mundo un poder formidable, que es el que mas ha amenazado á la Iglesia, el *feudalismo*. El hombre se habia hecho esclavo del hombre, y tal era la base principal de aquel gobierno. De ahí resultaban al mismo tiempo y por precision la *anarquía* y el *despotismo*, estas dos grandes plagas de la humanidad. Los principes no eran bastante fuertes para conservar la union entre los pueblos, ni para impedir las exacciones de los barones y de los señores.

No pudiendo nadie poseer un terreno sin prestar un servicio militar á su señor directo, hasta la misma Iglesia se vió sometida á esta ley: así se entiende como en la edad media habia tantos obispos armados. Á mas de esto, como tenian los beneficios eclesiásticos tierras y privilegios

de consideracion, los vendian los principes, cual pública almoneda al que ofrecia mas precio. Estaba la Iglesia tan atrozmente corrompida por la *simonia*, que escribia un gran Papa: «¡Triste de mí! si «vuelvo los ojos al rededor de mí veo al «Oriente arrastrado hácia el error por el «demonio, y al Occidente, al Mediodía y «al Septentrion, apenas descubro un solo «obispo que ejerza su autoridad por el «amor de Dios y para salud de sus hermanas; apenas veo un principe que prefiera la justicia al dinero.»

Establecido el feudalismo en el centro mismo de Roma, impedia del todo la preciosa libertad de eleccion que habia otorgado *Carlo Magno* á la Iglesia de Jesucristo. Una ó dos familias disponian absolutamente de la Santa Sede, ponian y deponian, segun su voluntad, á los que ellas mismas habian escogido. Vióse obligada la Iglesia á recurrir á los emperadores de Alemania; pero esto no fue mas que sacudirse un yugo para ponerse otro tan pesado y tan peligroso como el primero; porque los emperadores nombraban desde su corte obis-

pos que ocupasen la Santa Sede sin haber sido elegidos.

§ III. Pontificado de san Gregorio VII¹.

¡Qué esclavitud tan cruel y vergonzosa para la Iglesia! Pero Dios, querido amigo, no la abandonará y sabrá encontrar en el inmenso tesoro de su poder el medio de libertarla. Habia entonces en la célebre abadia de Cluny, un monje llamado *Hildebrando*. Un día vió pasar á un obispo de Toul, llamado Bruno, que elegido por el emperador, iba á tomar posesion de la Sede apostólica. El monje le hizo presente que no se podía aceptar el pontificado de manos del poder temporal, y le dijo que si queria realzar la gloria de la Santa Sede, se iria con él á Roma y le haria elegir con toda regularidad por el pueblo y el clero; y efectivamente se hizo así.

Hildebrando, cuya alma estaba encendida de amor por el honor de la Iglesia, no cesaba en todas sus cartas de reclamar la primitiva libertad de la Santa Sede, con-

¹ La Iglesia celebra su fiesta el 23 de mayo.

quistada por tres siglos de mártires, por haber sacado la ciudad nueve veces de sus ruinas, por los beneficios de Carlo Magno, y sin embargo, invadida por una bandada de opresores. Elegido no mucho después sucesor de san Pedro por consentimiento unánime, empleó todas sus fuerzas en reconquistarla, y tuvieron sus esfuerzos el éxito mas feliz.

Pero ¿cómo pudo salir bien de su ardua y gloriosa empresa? Del modo siguiente: en el feudalismo habia una cosa buena, y era que, constituyéndose el señor feudal el hombre del hombre, conseguia que en cambio un afectuoso interés, la fidelidad, el honor y la amistad fuesen su fondo. Escogió Gregorio VII este medio, y hé aquí en qué consistió su mayor talento. El Papa excomulgó al emperador de Alemania Enrique IV y relevó á sus súbditos del juramento de fidelidad. Entonces, hijo mio, reuniéronse los barones y declararon al emperador que si dentro el término de un año no volvía á reconciliarse con la Iglesia, le destronarian y nombrarian un sucesor. Lo que prueba mas que Gregorio VII habia en-

contrado el lado fuerte y bueno del feudalismo es, que formándose entonces el honor caballeresco y la caballería cristiana, nos impidió ser lo que fue mas adelante el imperio griego. Él fue el que dió la primera idea de las cruzadas, y solo deseaba cincuenta mil caballeros para librar el sepulcro de Jesucristo.

Roma volvió á tener libertad de eleccion, asegurándose un concordato celebrado con Calixto II, y nunca mas le fue disputada. Después de haber gozado algun tiempo de su independencía, entregóse la república romana al sumo Pontífice, diciéndole que, toda vez que era el primero entre el senado y el pueblo, era muy justo que gobernase. Así fue, pues, que después de doce siglos fueron los Sumos Pontífices los sucesores de los famosos romanos, hasta en su soberanía temporal. De este modo se estableció la independencía temporal de los Papas. Admira, hijo mio, la sabiduría de Dios para con su Iglesia, y el modo cómo ha arreglado las cosas. Tres siglos de mártires, cuatro empleados en salvar á Roma, cuatro en luchar contra los emperadores

y los bárbaros, y por fin la ciudad eterna deponiendo pacíficamente sus llaves á los piés de su Pastor; de suerte que ves ahí reunido todo cuanto puede *legitimar* un poder.

§ IV. *Persecuciones contra este poder.*

Sin embargo, no se ejerce un gran poder sin topar con grandes inconvenientes; no se puede ganar mucho sin exponerse á perder mucho. Estos medios extraordinarios fundados en circunstancias puramente relativas, y no en razones absolutas, pasan y se mudan, vienen otros hombres que no pudiendo juzgar los remedios que se han adoptado, y considerando á sangre fria en medio de una paz octaviana y llenos de nuevas ideas, lo que han hecho sus padres en tiempos turbulentos, se ven tentados de acusarlos y decir que han faltado, que han traspasado los límites de la justicia, y entonces se opera lo que se llama una *reaccion*.

Tal ha sido la suerte de la Santa Sede; la mayor prueba que ha tenido que sufrir ha sido el resultado de aquella victo-

ria. Poco faltó para que no fuese causa de su ruina el medio que adoptó Gregorio VII para salvar la Europa. Hubo, pues, una *reaccion*. Creyóse que los Papas querían arrogarse el imperio universal; los magistrados, los príncipes, los filósofos, los literatos que empezaban á despuntar, se pusieron en guardia contra Roma, y por espacio de cinco siglos ha continuado esta lucha, habiendo sucedido cosas que han llevado á la Iglesia al borde de su ruina.

En el siglo XVIII trató la filosofía moderna de derrocar la Santa Sede. Vióse entonces que Federico II rey de Prusia era filósofo; que Catalina II, que José II, que Cristiano de Dinamarca, Gustavo de Suecia y todos los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de toda la Alemania eran filósofos. Vióse entonces que los duques de Parma y de Módena, el gran duque de Toscana y el rey de Nápoles, tenían un gusto especial en insultar á la Santa Sede; en España, en Francia y en Portugal, hasta el ministerio estaba lleno de filósofos; y hubo un momento en que se creyó que todos estos príncipes no tendrían mas que

dar un codazo (permítaseme la expresión), al soberano pontificado para sacarlo de en medio. José II fué á Roma á conferenciar con su embajador á la vista del Vaticano, para ver cómo podría derribarse aquel antiguo edificio gótico, como decían entonces.

Mas Dios que vela por la conservación de la Santa Sede, burló todos sus esfuerzos, y castigó su malicia de una manera espantosa. En el momento en que se reunían todos estos reyes y príncipes para destronar al Sumo Pontífice, supieron por mil bocas que acababa de rodar la cabeza del rey de Francia delante de su mismo palacio, bajo el hacha del verdugo..... No bastaba esto, porque si bien es verdad que la Francia habia sido la mas culpable, no lo habia sido sola: la Europa no habia recibido todavía el condigno castigo; debían todos los soberanos de Alemania, España, Portugal, Parma, Toscana y Nápoles, sufrir las mayores humillaciones.

No tardó mucho, hijo mio, en estallar la cólera de Dios contra esos reyes culpables. Después de haber criado monstruos contra la Francia, crió Dios para la Europa, y

contra la Europa, un gran capitán que la recorrió toda, paseándose sobre sus cenizas apenas resfriadas. Los reyes fueron sus esclavos, y les hizo sentir, por su medio, que caía sobre ellos todo el peso de la mano de Dios.

Sin embargo, se hacia preciso que fuese asegurada con un acto poderoso la independencia de la Santa Sede, y tambien fue escogido Napoleon para hacerlo. Quedaba el imperio de Occidente, quedaba un príncipe que llevaba el título de rey de los romanos; bien es verdad que no era mas que un título; pero era indispensable que fuesen anonadados sus últimos restos: debía por fuerza sucumbir el imperio de Occidente, y así sucedió efectivamente en los campos de Wagram.

Pero como este *grande hombre*, por lo menos en la guerra, no era mas que una vara, de la cual queria el Señor servirse para castigar los pueblos y los reyes, dejóse deslumbrar por el resplandor de su poder colosal. Ebrio de su gloria, quiso remontarse sobre el sumo Pontífice, y en su impio furor, atacó la Santa Sede, y hasta se

atrevió á dar á su hijo el fastuoso título de *rey de Roma*, que él mismo acababa de abolir. Llevóse cautivo al Sumo Pontífice, mas este gran poder que amenazaba engullirlo todo, se hundió.... Y el ilustre y desgraciado jóven, que habia por un momento llevado el terrible título de *rey de Roma*, murió en la flor de su edad, y sus cenizas como las de su padre descansan muy léjos del suelo natal.

De suerte que, acabada la reaccion, ha llegado la Santa Sede al colmo de su poder temporal, y ya no quedan en derredor suyo mas que reinos separados, que no pueden consentir en que nadie se apodere de ella ¹. De modo que la Santa Sede, puesta en medio de todos ellos y de sus divisiones, goza de una noble neutralidad que le permite estar en relaciones sin obs-

¹ Ni aun la revolucion, como lo acreditan los acontecimientos de 1848 y 49, en que se ha visto dominada Roma por los revolucionarios, y obligado el Papa á escaparse ocultamente y disfrazado. La revolucionaria y republicana Francia es la que mas ha trabajado por destruir los republicanos enemigos del Papa.

táculo alguno, con todas las potencias del mundo: y hé aquí, mi querido Teófilo, lo que es preciso para el bien de la Religion. Podemos asegurarle sin reparo, cuantos intentarán chocar contra esta piedra inmóvil, se estrellarán, y convencerán á sus expensas la verdad de la palabra de Dios: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y jamás prevalecerán contra ella las puertas del infierno.*

§ V. *Distincion de las dos potestades.*

Nada hay mas evidente que la distincion de los dos poderes que hay establecidos en el mundo para regir á los hombres; la autoridad sagrada de los Papas y la de los reyes. Ambas proceden de Dios, de quien dimana todo poder bien ordenado en la tierra; pero cada uno de los dos tiene sus límites, que deben respetar mutuamente.

El poder de los Papas gobierna los hombres en el órden de salvación; el de los reyes en el órden civil. Son estos dos poderes independientes uno de otro; pero sin embargo deben obrar de comun acuerdo. El rey no puede ser Papa, como tampoco

el Papa puede ser rey. Los Pontífices, como ciudadanos, deben obedecer al rey; los reyes, como cristianos, deben estar sujetos á los Pontífices.

Á vosotros os toca ¡oh reyes! defender el Estado en lo exterior y gobernarlo bien en el interior; imponer tributos, y mantener con leyes sabias y justas el equilibrio entre las diferentes clases de ciudadanos. A los Pontífices toca juzgar soberanamente y sin apelacion cuantas disputas se susciten en la Iglesia con respecto á la fe ó á la moral: regular la forma del culto divino y dar en órden á la Religion, leyes generales que obliguen á todos los cristianos sin excepcion, y que constituyan el régimen y la disciplina eclesiástica.

Inculcar sin cesar á los fieles, cuyos pastores son, que deben respetar en vosotros las mas nobles imágenes de Dios sobre la tierra; que os paguen fielmente y sin quejarse los tributos; que oren por la prosperidad de vuestros reinos; que os obedezcan en todo lo que no se oponga á la ley de Dios, y de la Iglesia; y en fin, darles ellos mismos el ejemplo del cumplimiento

de estos deberes: es una de las primeras obligaciones de los Pontífices, y así es como son el apoyo del trono.

Vigilar continuamente por la conservación de la fe en vuestros Estados; procurar con todo vuestro poder la estricta observancia de las leyes de la Iglesia. Ved ahí, ¡oh reyes! vuestro primer deber, y al mismo tiempo vuestro mas hermoso privilegio. En este solo sentido sois vosotros *los protectores de la Iglesia, y los obispos externos.*

La fundacion de estos dos poderes, hijo mio, es uno de los mayores beneficios de la Providencia hácia los hombres; el uno tiene por objeto la felicidad de la vida presente; el otro se la prepara para la eternidad. Los intereses del cielo y los de la tierra no han sido reunidos en las mismas manos, sino que Dios ha establecido dos ministerios distintos; uno para dar á los ciudadanos dias apacibles y tranquilos; otro para la consumacion de los Santos, para criar los hijos de Dios, sus herederos y coherederos de Jesucristo.

EJEMPLOS.

DETALLES SOBRE ROMA Y EL PAPA.

¡Cuán hermoso es ver á un antiguo pastor¹ de Ginebra, justificar á los Papas de las acusaciones que les ha dirigido la ignorancia y la impiedad! Las cartas del Sr. de Joux sobre la Italia, están llenas de interesantes detalles en favor de la Iglesia romana y de sus Pontífices.

En su carta VIII recuerda las impresiones que han sentido millares de protestantes casi todos ingleses, al asistir junto con él á las solemnidades de Pascua, en Roma. «Jamás, dice, ha estado mas vivamente conmovida una reunion de gente de todas naciones y de todos sexos y condiciones; pero tampoco ninguna ceremonia religiosa ha sido nunca mas propia para herir los sentidos, conmover el ánimo, é imponer al espíritu mas independiente, que el «acto en que el Soberano Pontífice extendiendo y «abriendo sus brazos al pueblo que oraba y adoraba «silencioso, invoca al Todopoderoso con tanto fervor «y humildad en favor de Roma y del universo todo «pronunciando en alta voz esta enérgica y antigua «plegaria, *Urbi et orbi*, dando en seguida la bendición, desde el balcon de la iglesia de san Pedro á «la inmensa muchedumbre que cubria aquel espacioso y magnífico recinto.

«El Papa dejó hasta en los corazones mas indife-

¹ Pastores llaman los protestantes á sus ministros.

(Nota de los editores).

«rentes y mas prevenidos contra el culto católico una
«profunda impresion de piedad, una emocion tier-
«na y religiosa, y una tal admiracion hácia un culto
«tan lleno de majestad, que todos, hasta los llama-
«dos *espíritus fuertes*, decian, como Herodes á san
«Pablo, *cási cási llegarías á persuadirme que me*
«*haga cristiano.*»

Hé aquí como habla en la carta siguiente del go-
bierno de Roma: «Sabido es que hasta el mas pobre
«plebeyo puede llegar á ser cardenal, es á saber, á
«la dignidad de príncipe de la Iglesia; antigua y tier-
«na conformidad que se conserva entre los Após-
«toles y sus sucesores. Otro de los caracteres que
«esencialmente les distinguen, es la humildad, pues
«hasta los hombres mas oscuros pueden ocupar las
«primeras dignidades; la sola virtud, el talento, el
«mérito y la inteligencia, son los que señalan el
«órden y el lugar que corresponde en la Iglesia cris-
«tiana. Todo ciudadano de Roma, todo italiano, ¿qué
«digo? los extranjeros mismos por pobres que sean,
«pueden llegar al pontificado.

«Para confundir toda distincion mundana, todo
«orgullo nacido de una ilustre cuna, debe llevar
«el Papa nuevamente elegido un *nuevo nombre*:
«ya no se gloria mas de la nobleza de sus pasados;
«el solo título de elevacion, que le distingue como
«cabeza visible de la Iglesia, exprime únicamente
«la perfeccion á que debe aspirar de continuo para
«hacerse digno de representar en la tierra al *Jefe*
«*adorable é invisible*; las naciones y los reyes lla-
«man al Soberano Pontífice, *Su Santidad.*»

Para saber qué impresion causó á este antiguo
ministro de Ginebra, basta leer lo que dice en su

carta xvii: «Entrad en estos vastos y magníficos pa-
«lacios; en el Quirinal, en el Vaticano, en la Villa-
«Gandolfo sobre el monte Sant-Albo; atravesad
«estas habitaciones adornadas tal vez con mas mag-
«nificencia que los palacios de los mas grandes mo-
«narcas del universo; entrad adentro del vestíbulo
«y os recibirá en la antesala de Su Santidad un pre-
«lado en hábitos pontificales, condecorado con la
«púrpura, que desempeña el cargo de introductor.

«¿Pensais encontrar un potentado soberbio, y te-
«meis el acto de la presentacion?... Pero se abre
«la puerta y se tranquiliza vuestro corazon, pues
«descubris un anciano agobiado por el peso de sus
«trabajos y de su dignidad, debilitado por sus ma-
«ceraciones y su abstinencia; sentado en un sillón
«con una mesa delante, amueblada su estancia con
«una sencillez monástica; no temais el postraros
«por tres veces consecutivas segun la costumbre de
«la Iglesia oriental, que se ha transmitido á Europa;
«con el mas profundo respeto imprimiréis vuestros
«labios en la cruz que lleva bordada encima de sus
«pantuflos; él os dará la mano para levantaros; ha-
«blará con vosotros como un tierno padre con su
«hijo querido, y no os dejará marchar sin haberos
«antes bendecido; y hasta os hará aceptar un regalo
«cualquiera como un recuerdo suyo.

«Hé aquí el hombre, el hombre del Evangelio; hé
«aquí la imágen terrena del divino Maestro, al cual
«debemos imitar.»

Tambien nos describe el Sr. de Joux las ocupa-
ciones y recreaciones del Sumo Pontífice. «Mientras
«que los monarcas, sus ministros ó consejeros, y
«hasta un hombre cualquiera que sea, disfruta re-

«regularmente de algunas horas de recreo después de los penosos trabajos de todo el día.... el monarca «espiritual se ve absolutamente privado de todos estos goces; la comida por sí sola no es ningún recreo; pues es solitaria, corta y frugal. Desde que «penetrando el concilio de Trento en el santuario «del palacio pontifical, prescribió al Jefe de la Iglesia «una abstinencia continua, el Papa come solo; el silencio del claustro preside á su mesa á la cual nadie es admitido.

«Después de haber consagrado toda la mañana á los divinos oficios, á la administracion de negocios «públicos y al despacho con sus ministros de estado, visita una iglesia ó un hospital; este es su único «recreo. En una palabra, los ejercicios de devocion «y los continuos cuidados del gobierno ocupan sucesivamente las horas del Príncipe y del Pontífice. Por modestos que sean sus gustos, no puede «satisfacerlos, y consagra sus momentos de ocio, á «la meditacion, á un corto paseo que suele dar todos «los dias por sus jardines.

«Hay una cosa entre otras que tanto gusta á la mayor parte de los hombres, y que parece quitarles «un poco las penas y fastidios de una vida monótona, cual es el mudar de vestidos, cuya forma y «color varia segun las diferentes estaciones ó los «caprichos de la moda: tampoco puede hacerlo el «Papa; pues lleva siempre el mismo traje, que es «todo blanco, símbolo de inocencia y de pureza.»

(De Jouu; cartas sobre la Italia).

ELECCION DE PIO VII.

Cuando la impiedad pareció que se sentaba triunfante sobre los destrozos de las cruces derribadas, decia un incrédulo con cierto aire de triunfo: *Conservad bien vuestro Papa, pues ya no tendréis otro.*

No hay una profecía que haya sido mas visiblemente desmentida. Sobremanera notable es el modo como subió al trono pontificio Pio VII. Habiendo Dios llamado á sí á Pio VI, cuya memoria será tan duradera como la Religion, de la que fue héroe y mártir; ¡ con qué alegría no se le vió revivir su sucesor Pio VII! Y á fin de que tamaño suceso llevase impreso el sello de un poder sobrenatural, nuestros hermanos errantes y descarriados (los rusos y los ingleses) fueron los que realzaron el trono pontificio.

Dios hace venir desde el fondo del Norte á los que han de libertar al Mediodia; y escoge al protector hereditario de la iglesia griega para defensor de la romana; Dios es el que le ordena de mudar la faz de la Italia, de remover todos los obstáculos y preparar todos los caminos para que pueda reunirse otro conclave pacífico y regularmente, y sin que ofrezca la menor apariencia ni pretexto de la mas pequeña division. Venecia es la ciudad que tiene la dicha y la gloria de ser el asilo del Sacro Colegio; todos sus miembros se reúnen allí; quedan satisfechos los deseos de todos; es proclamado Pio VII, y la Iglesia adquiere un jefe digno de reparar sus males y de cicatrizar sus llagas.

De este modo la divina Providencia ha asegurado

para siempre mas los cimientos de la Religión católica, no permitiendo que quedase interrumpida la sucesion de los Pontífices romanos, ó que una religión cismática desgarrase el catolicismo.

(Carta del Ilmo. Sr. obispo de Alais á sus vic. gen. en 1802).

LECCION DE PIO VII Á UN JÓVEN.

Cuando estuvo el venerable Pontífice Pio VII en Paris, fue recibido con toda la veneracion debida á su carácter y á las virtudes que le adornaban. Cuando daba la bendicion, segun acostumbran los Jefes de la Iglesia todos se apresuraban á ponerse de rodillas para recibirla. Un dia que bendecia así al pueblo, un jóven permaneció en pié, burlándose de los que no seguian su ejemplo.

Volviéndose el Santo Padre hácia el jóven filósofo con tanta sangre fria como majestad le dijo: «Ignoro, caballero, qué religion profesais; pero como la bendicion de un anciano nunca puede hacer daño á la juventud, permitid que os dé la mia, asegurándoos al mismo tiempo los vivos deseos que tengo de que produzca en vos felices resultados.»

Conmovido el jóven al oír las palabras del Sumo Pontífice, se postró y recibió como debia esta leccion tan afectuosa como paternal, manifestando su sentimiento por no haber llenado este deber ya desde el principio.

El amor propio es nuestro mas peligroso enemigo, y ejerce particularmente su influjo sobre la juventud. El jóven que así se negaba á rendir homenaje al venerable sucesor de los Apóstoles, esperaba obtener

la aprobacion de aquella clase, enemiga capital de todo culto religioso; pero una rápida ojeada echada sobre el concurso, le hizo conocer que no aprobaba su conducta, y tuvo bastante buen criterio para reconocer y reparar su falta.

(Etrennes religieuses de 1805).

CAPÍTULO III.

De nuestros deberes para con la Iglesia.

Sin duda alguna es una dicha incomparable haber nacido en el seno de la Iglesia de Dios y reconocer las divinas señales que la caracterizan y la distinguen de todas las demás sectas. Mas no basta esto para salvarnos, querido Teófilo, tenemos deberes que llenar con esta Iglesia, nuestra buena madre, y esto es lo que vamos á explicarte al concluir este tratado.

§ I. *Idea general de nuestros deberes.*

Para conocer bien nuestros deberes para con la Iglesia, es preciso considerar los títulos que tiene para esto, y yo veo tres principales. La Iglesia es nuestra *Soberana*,